

Esta es la historia de una persona, podemos llamarle Ashlyn, que era portadora de una brillante y cálida luz, y de cómo un día, esa luz se apagó, dejándola sumida en la más profunda oscuridad. Esto no ocurrió de un día para otro ni tampoco sin motivo, claro está, así que permitidme que os cuente lo que conozco de su historia y que lo haga desde el principio.

LA REPARTIDORA DE BUENOS DESEOS

La vida de la niña Ashlyn no fue sencilla, las vidas de los niños nunca lo son, pero no creáis que eso la hizo infeliz. Huérfana de padre desde los seis años, no tuvo más remedio que ayudar a su madre a ayudarla a ella. Paradójico, ¿verdad?

Como pasaba mucho tiempo sola, se instruyó muy pronto, y sin más maestra que la necesidad, en realizar tareas propias de adultos como limpiar, recoger la casa e incluso cocinar. Aprendió a hacerlo jugando a imaginar que jugaba. No por ello descuidaba sus estudios, y aunque sus notas no la hacían sobresalir, sí que eran notablemente buenas, y siempre más que suficientes.

El tiempo transcurre igual para las niñas huérfanas de padre que para el resto, así que los años de jugar a ser adulta, dieron paso a los de ser una adolescente que aún jugaba como niña a ser mayor. Fue entonces cuando su mamá, partió al viaje sólo de ida que nos espera a todos al final del camino.

Si os preguntáis cómo lo llevó ella, mi respuesta os sorprenderá. Fue tanta su tristeza, que no se permitió estar triste; era tan grande su desánimo, que se forzó a sonreír, fue de tal tamaño lo que perdió, que se obligó a dar todo lo que aún le quedaba. Ella se olvidó de lo que no tenía, dando a los demás lo que ella más echaba en falta: El calor de una familia.

Conseguir hacer feliz a alguien con tan solo una mirada quizás no sea posible, pero en ello se empeñaba, y lejos de limitarse a eso, prestaba su ayuda a cualquiera que pasaba por su lado, consolaba del dolor con abrazos y apoyaba a las personas haciéndoles saber que siempre estaría a su lado. Ashlyn sabía que después del verbo amar, el verbo ayudar era el más hermoso. Así que siguió repartiendo buenos deseos, a pesar de que cada día le era más difícil hacerlo. Eso no le pareció importante, ya que dar todo a los demás le parecía lo más natural, aun a costa de no guardar para sí. Pero olvidó que amarse a uno mismo es el primer y el último peldaño de la empinada escalera que es dar ayuda.

Por eso un día, de tanto regalar los muebles que adornaban su alma, esta se quedó hueca. Se vació de abrazos, se le secaron los besos, se le torció la sonrisa y se le apagó la mirada...

Fue tal su vacío, que ya no sentía nada. Lo dio todo a los demás. Estaba sola y desierta, pero ella ni lo notaba.

Ahí fue cuando la conocí. Ya no era la misma persona. No era capaz de ayudar a nadie porque no podía ni si quiera ayudarse a sí misma.

Así que le ofrecí mi mano, una sonrisa y un pequeño empujón, para ayudarle a entender de nuevo el sentido de esta maravillosa vida. Juntas, conseguimos volver a llenarla de las mismas emociones y sentimientos positivos que tenía, y más. Desde ese momento, somos inseparables y ha vuelto a ser la misma. Entonces nos dimos cuenta de que podíamos repartir toda esa felicidad a los demás, pero nunca olvidándonos de que nosotras mismas también la necesitamos. Trabajamos juntas en un proyecto que se llama "Deposita aquí tu deseo", y hacemos todo lo posible por conseguir que los sueños de los demás se cumplan.

¿Por qué ayudé a Ashlyn? Muy fácil. Ella ayudó a alguien, y ese alguien ayudó a otro alguien, gracias a lo que ese último alguien me salvó a mí. Así que ahora era el momento de cerrar el círculo, a la vez que hemos abierto otros muchos círculos más, de manera que al final, todos se beneficien de la ayuda de un alguien...Porque creo que la vida no es solo intentar brillar, sino ayudar a otros a brillar.

FIN

Autora: Soraya Ariza Jiménez 1º ESO E